

## LOS MITOS Y LOS SÍMBOLOS EN LAS NUEVAS CIRCUNSTANCIAS CULTURALES

Marià Corbí

Ponencia del 3r. Encuentro de Can Bordoi, junio 2006

### 1. La pretensión primaria de los mitos y los símbolos

La pretensión primaria de los mitos y los símbolos, aquello por lo que fueron construidos, es la *programación de la colectividad*. La pretensión primaria y principal es programar a un grupo humano para una sobrevivencia viable, en unas condiciones determinadas preindustriales y precientíficas.

El viviente que habla, tiene un doble acceso a lo real, un acceso interesado, en función de sus necesidades, y otro acceso gratuito, porque la realidad está ahí. Este doble acceso a lo real es su *cualidad específica*, lo que le caracteriza como especie, lo que le dota de flexibilidad para adaptarse a posibles cambios de modos de vida, sin tener, como las demás vivientes, cambiar de especie. Si sólo tuviera un único acceso a lo real, el funcional, estaría preso de ese acceso, como les ocurre a los demás animales.

Los mitos y símbolos, como sistemas de programación colectiva, deben dar forma a estas dos dimensiones de nuestro acceso a la realidad. De lo contrario, no programarían nuestra naturaleza específica.

Así pues, los mitos y los símbolos tienen una doble pretensión: construir una naturaleza viable, en unas determinadas condiciones de sobrevivencia material, y posibilitar el cultivo de esa segunda dimensión de la realidad, de la que depende su condición específica, su flexibilidad para adaptarse a las transformaciones del medio y de las condiciones de vida y depende también su cualidad específica.

La configuración del acceso a la dimensión absoluta de lo real, depende de la forma de la configuración de las condiciones de supervivencia del grupo humano. Las condiciones de supervivencia son las que imponen los cambios en las estructuras de los sistemas mítico-simbólicos de programación y, por ello, imponen también los cambios en la figuración de la experiencia absoluta de lo real.

Así pues, la pretensión de los sistemas mítico-simbólicos es la conveniente programación de los colectivos para una sobrevivencia adecuada en unas determinadas condiciones de vida, siempre preindustrial y precientífica. Podríamos decir que los sistemas mítico-simbólicos son el software desde el que se lee, se valora y se actúa, tanto en lo referente a nuestra relación necesitada con la realidad, como en lo referente a nuestra relación gratuita y absoluta con lo real.

Sin embargo, los mitos y los símbolos no se proponen, directamente, adentrar a los individuos y a los grupos en las profundidades de la vivencia absoluta de la realidad. Esa no es su pretensión. Su pretensión se ciñe únicamente a un cultivo, individual y colectivo, de la segunda dimensión de la realidad, que mantenga nuestra cualidad específica y sus ventajas para sobrevivir y competir con los demás grupos humanos y con las demás especies, en un medio cambiante.

No obstante, aunque los mitos y símbolos no se propongan la profundización en la vida espiritual, ponen las bases que lo permiten.

### 2. Ningún sistema mítico-simbólico se propone describir la realidad

Como consecuencia del apartado anterior, ningún sistema mítico-simbólico se propone describir la realidad, ni la dimensión de la que dependen los humanos para vivir, ni la dimensión absoluta de lo real. Pretenden sólo decir *cómo hay que verla, sentirla y actuar en ella y organizar la simbiosis, para poder sobrevivir en una forma concreta de vida. Por consiguiente, no pretenden, tampoco, describir la realidad absoluta, sino sólo programar cómo hay que comprenderla, sentirla y vivirla de manera que sea coherente y no altere, sino que favorezca y refuerce, la programación de la sobrevivencia material.*

Los dos accesos a la realidad, el funcional y el gratuito, deben estar modelados por el mismo programa. O dicho de forma inversa, quienes están socializados en un sistema de programación determinado, leen y viven las dos dimensiones de la realidad desde el mismo sistema mítico-

simbólico. Puesto que las dos dimensiones forman nuestra especificidad, las dos requerirán de la misma programación.

Los mitos y símbolos no son, pues, descripción de ninguno de los dos aspectos de lo real, sino acomodación, delimitación, modelización de la inmensidad de lo real a las formas de vivir de un grupo de vivientes humanos. Si no es la descripción de la realidad de la que dependemos para sobrevivir, menos será descripción del ámbito sagrado de lo real.

### **3. Los mitos y los símbolos imponen el convencimiento de que la realidad es como ellos la describen**

Aunque los sistemas mítico-simbólicos no se proponen describir la realidad, sino modelarla según las condiciones de vida de los grupos humanos, para poder programar eficazmente a los colectivos, tienen que imprimir, en las mentes y sentires de individuos y grupos, el convencimiento de que la realidad es como ellos la describen, tanto la realidad profana como la sagrada. Si no imprimieran esa certeza no podrían programar eficazmente la acción y la organización, sin dudas ni vacilaciones. La urgencia y los riesgos de la sobrevivencia, en las condiciones precarias y llenas de riesgos, en las que los humanos se mueven, requiere de una actuación clara, pronta, decidida, alejada de las dudas e indeterminaciones.

Para actuar con claridad y decisión, hay que dar por real la interpretación que se hace de la realidad, hay que dar por real lo que el programa configura. Cualquier otro sistema de actuación que sea contrario o diferente al que el sistema mítico-simbólico propone, es ignorancia, error, desviación, pecado.

### **4. Lo que dicen los mitos y los símbolos, en las sociedades preindustriales y estáticas, debe tomarse como descripción inviolable de la realidad**

Los mitos y símbolos son los sistemas de programación de las sociedades preindustriales y precientíficas. Programan, por tanto, sociedades estáticas, es decir, sociedades que viven, durante larguísimo espacios de tiempo, haciendo fundamentalmente lo mismo. Programar sociedades estáticas, significa programar para no cambiar, para excluir los cambios.

Ese tipo de programación no es posible, si no se cree que las cosas, y lo sagrado mismo, sean como dicen los mitos y los símbolos.

El procedimiento de programa con el que se bloquea todo posible cambio de importancia, es la afirmación, dicha de muchas maneras, de que el proyecto de vida que los mitos y los símbolos proponen y la descripción y valoración de la realidad que hacen, tanto de la realidad funcional como de la absoluta, es intocable y sagrado porque proviene de los antepasados y de los dioses. Ellos determinaron e hicieron así las cosas y así las impusieron.

Según esta manera de ser de los mitos y los símbolos, y según las funciones que deben cumplir, mientras están vigentes como sistemas de programación, no pueden ser tomados como meros símbolos, como meras narraciones expresivas, como metáforas de lo real. Eso sólo podrá hacerse, cuando los mitos y los símbolos ya no sean el sistema de programación colectiva.

Para poder interpretar y vivir así los mitos y los símbolos, como puros símbolos y simples metáforas, no bastará con que un determinado sistema mítico-simbólico perezca, o sea sustituido por otro. En ese caso, tampoco el sistema que se abandona podrá ser interpretado como puramente simbólico, sino simplemente como erróneo. Para poder acceder a una lectura puramente simbólica de los mitos y los símbolos tienen que haber sido sustituidos por otros sistemas de programación, ya no mítico-simbólicos.

Para leer y vivir los mitos y los símbolos como puramente simbólicos, no tendremos que sustituir unas creencias por otras, sino que nos tendremos que alejarnos de todos sistemas de creencias. Esto es lo que nos está pasando en las actuales sociedades europeas.

Los mitos y los símbolos dicen cómo hay que interpretar las cosas, cómo hay que valorarlas y cómo hay que vivirlas; igualmente dicen cómo hay que representar y vivir el Absoluto. Meten en la cabeza y en el sentir, que las cosas y el Absoluto son como dicen, sin posible duda o desviación.

Y todo es como los mitos y símbolos dicen, porque así lo han establecido y revelado los dioses o los antepasados sagrados.

### **5. Los sistemas mítico-simbólicos son sistemas de creencias**

Eso es la creencia: someter la mente y el sentir, hasta sostener que lo que los mitos y símbolos describen de la realidad, lo es verdaderamente, definitivamente, indudablemente. Y sabemos que es así, porque tenemos garantía divina de ellos. Y esa creencia se extiende tanto en lo que se refiere a la realidad de la vida cotidiana como a la realidad absoluta.

Por consiguiente, los mitos y los símbolos, cuando funcionan como sistema de programación colectiva, son inseparables de las creencias. Resulta, pues, que un sistema mítico-simbólico es un sistema de creencias. Y es sistema de creencias, no por razones religiosas, sino por necesidad de los sistemas de programación de las sociedades estáticas.

Consecuentemente, el camino espiritual vendrá vehiculado, interpretado y vivido en las sociedades preindustriales, desde y en sistema de creencias implícito en el sistema mítico de la programación colectiva. No pudo ser de otra manera, porque así estaban estructurados los miembros de esas sociedades, y porque, de otra forma, hubiera resultado un peligro para la sobrevivencia colectiva.

En sociedades e individuos estructurados sobre creencias, las que imponen los sistemas mítico-simbólicos, la espiritualidad vendrá estructurada y vivida, como el resto de las dimensiones de la vida humana, desde las creencias que imponen los mitos y los símbolos.

Si fingimos que el programa colectivo se asemeja a un software que rige la vida del grupo, la vida espiritual, tanto de los individuos, como del grupo, estará concebida y vivida desde ese mismo software.

### **6. Los niveles de estructura de los mitos y los símbolos**

En los mitos y símbolos pueden distinguirse dos niveles estructurales:

- *el superficial*, que es el nivel de la narración y la configuración de los personajes divinos y humanos que intervienen en la narración;
- *y el nivel profundo*, que es el nivel de las estructuras, no conscientes, que modelan las narraciones, los personajes y la lógica formal de todo el conjunto.

Las estructuras profundas de los mitos y símbolos dependen de nuestra condición de vivientes necesitados y se generan en la relación o relaciones básicas de las que depende la supervivencia de un grupo, en una modalidad de vida preindustrial determinada.

Partamos de la primera forma de sociedad preindustrial, *la de los cazadores y recolectores*.

Viven fundamentalmente de matar animales. La experiencia más básica y repetida de estos hombres es que de la muerte violenta de los animales que cazan, se sigue la vida de todos los miembros del grupo. Esa es la experiencia fundamental: de la muerte violenta se sigue la vida y el ser.

Esta acción, la caza, y su resultado, se convierten en patrón, paradigma, programa para el grupo. El mito narrará que en los tiempos primordiales, un antepasado o un animal primigenio fue muerto y de su cadáver se formó el ser y la vida de todo lo existente.

Desde ese patrón, será concebido el absoluto como la "protovíctima". Adoptará dos formas: una protovíctima teriomorfa o un antepasado protovíctima. Esta doble forma de lo Absoluto viene originada por la doble fuente de vida de los grupos: los animales que cazan y los antepasados de quienes recibieron y heredaron la vida y la cultura. Lo absoluto se sitúa en el ámbito de la muerte, como fuente de vida y de ser. Con frecuencia se le llamará Espíritu, Antepasado, Gran Ancestro. El camino espiritual se representará como entrar, en vida, en el ámbito sagrado de los muertos. El chamán, que es el guía espiritual, es el miembro de la tribu que está en contacto con el mundo de los espíritus.

Morir es integrarse en el mundo sagrado de los espíritus.

Cuando se quiere hablar de la dimensión absoluta de todas las cosas, se habla de su espíritu, del espíritu de los ríos, de las montañas, de los árboles, de los animales y de las plantas.

Toda experiencia espiritual estaba sometida a este tipo de figuraciones y a este tipo de lógica. Los personajes y peripecias de las narraciones podían ser diferentes en los diversos pueblos, pero la estructura profunda era la misma. Y consiguientemente, también son idénticas las estructuras profundas de las creencias, aunque en su nivel superficial, el de las narraciones y los personajes, sean diversas.

Los *miembros de las sociedades agrario-autoritarias*, encuentran en su vida dos experiencias fundamentales. Son sociedades que para poder cultivar y sobrevivir, necesitan controlar las crecidas de grandes ríos, crear canales de regadío, coordinar grandes obras, defenderse de la codicia de los vecinos, etc. Sin una organización capaz de juntar y coordinar los esfuerzos de todos, no es posible ni cultivar ni sobrevivir.

Esta experiencia básica de la autoridad y de la sumisión, de la que depende, en toda su radicalidad, la vida del grupo, se convierte, para un viviente que no tiene determinadas genéticamente, como las otras especies, ni la interpretación de la realidad, ni su valoración, ni su organización, ni cómo debe actuar en ella, en patrón de lectura de lo real.

Someterse a una autoridad resulta ser la fuente de la supervivencia. La autoridad es la fuente de la vida para todos los miembros del grupo. Incluso más que el cultivo, porque sin autoridad no hay posibilidad de cultivo, ni posibilidad de disfrutar en paz de lo cultivado.

Cuando esta vivencia, intensa, repetida y colectiva, se convierte en patrón de la mente y del sentir, cuando se convierte en núcleo de la programación colectiva, todo lo que tenga vida y ser, ha de proceder de la autoridad.

La experiencia de Absoluto adoptará la forma de la autoridad. El Absoluto es el Supremo Señor. La relación con ese Absoluto será una relación de sumisión. La sumisión al Señor será la vida y la prosperidad, la desobediencia será la muerte y la calamidad.

Todo lo que existe es fruto de una orden divina. El Señor lo crea con una palabra autoritativa: "¡Sea!" Su orden es el existir de lo que existe. El camino espiritual será el camino de la total obediencia a sus mandatos e incluso a sus consejos; será la entrega en las manos del Señor, como siervo humilde e inútil. La desobediencia es el pecado central y es el camino del mal y la muerte. El maestro espiritual es el que enseña los caminos del Señor, el que nos trasmite sus órdenes, el que corrige nuestras desviaciones en la completa sumisión.

La burocracia, la administración, la milicia y el sacerdocio sienten de una forma especial la fuerza de ese patrón, porque es el que rige casi toda su actividad.

Pero la mayor parte del pueblo de estas sociedades, se dedica a cultivar la tierra. La experiencia cotidiana de quienes cultivan la tierra es la misma de los primitivos cazadores-recolectores, aunque modificada por ampliación. También para ellos la muerte es fuente de vida. Como los animales muertos eran fuente de vida, así los granos y tubérculos se entierran para que mueran y sean fuente de vida.

Lo Absoluto se representa como una divinidad que muere y resucita para dar vida a los hombres, las plantas y a la naturaleza entera. Todo lo que tiene realidad, procede de esa muerte sagrada y fecunda.

Este patrón está especialmente vigente para los grupos humanos que se dedican al cultivo.

Tenemos, pues, que en este tipo de sociedades se dan dos grandes patrones de interpretación y valoración de la realidad, el autoritario, que podríamos representarlo como una relación de mandato-obediencia (Mto→Ob), y otro agrario, que podríamos representarlo como muerte-vida (M→V). Dos patrones, dos moldes de interpretación de la realidad que deberán estructurarse en una unidad, en un único programa colectivo, si no se quiere que la sociedad quede escindida en dos grandes bloques.

Para los cazadores-recolectores y para la agricultura primitiva (horticultura) la muerte era fecunda por sí misma. La experiencia de los pueblos era que los muertos le daban la vida. Los animales muertos eran la fuente principal de la subsistencia. Los antepasados eran la fuente del

modo de vida, de las formas de cazar y cultivar, de las normas culturales, de las costumbres, las enseñanzas y los ritos; eran la fuente de la cultura y del proyecto de vida colectiva del grupo. La cópula la interpretaban como matar y ser muerto; así, también la fecundidad de las mujeres era también fruto de la muerte.

Para las sociedades agrario-autoritarias un paradigma agrario independiente no podía continuar. El paradigma de la muerte se tenía que someter al paradigma autoritario, porque sin autoridad y sumisión no es posible el cultivo. Por tanto, la muerte ya no será fecunda por sí misma, sino por decisión del Señor Supremo. ¿Cómo se hará fecunda la muerte, de por sí estéril?

El Señor Supremo envía a uno de su rango, un dios, a que muera y que con su muerte por obediencia haga fecunda a la misma muerte. Gracias a esa muerte del dios, la muerte se convierte en fuente sagrada de vida y de salvación.

Así quedan coordinados los dos grandes patrones, pero queda todavía algo que decir: el patrón de interpretación y valoración que resulta del cultivo, ( $M \rightarrow V$ ), es tan imprescindible para la vida del grupo como el patrón que resulta de la autoridad ( $Mto \rightarrow Ob$ ). Los dos patrones son igualmente imprescindibles. Para imprimir este hecho en el grupo, para programar al grupo de una forma unitaria, el mito dice que el Señor Supremo sienta a su derecha al dios que muere por obediencia y que resucita.

Así queda establecido que el eje principal de las concepciones, valoraciones y modos de vida del grupo es la autoridad y las relaciones con la autoridad y que el cultivo es también un eje sagrado e imprescindible, gracias a la decisión del Señor Supremo de enviar a un dios a la muerte para que la haga fecunda. Su sacralidad es del mismo rango que la de la autoridad, divina como ella y ya, por decisión del Señor Supremo, del rango del Señorío.

La espiritualidad se concebirá como sumisión al Señor y entrega a su voluntad y como muerte a sí mismo, como participar en el proceso de muerte y resurrección del dios agrario.

El Absoluto se concibe como el Señor Supremo que nos conduce a la muerte a nosotros mismos para que participemos en la pasión y resurrección del dios agrario y tengamos vida.

En las *sociedades ganaderas*, la ocupación central es mantener a los rebaños vivos frente a las agresiones de las bestias salvajes, de las otras tribus y de las enfermedades. No viven de matar los animales que pastorean, sino de sus productos. Sólo los matan y los comen en momentos especialmente importantes para la vida del grupo, en momentos rituales.

La ocupación cotidiana de estos hombres proporciona una experiencia fundamental: luchan con la muerte para mantenerse ellos vivos y mantener vivos a sus ganados. Para ellos la muerte no es fecunda y fuente de vida, si no que la muerte es la máxima negatividad.

La experiencia fundamental de los pastores es el enfrenamiento constante de la vida con la muerte. En la vida toda y en toda la realidad, se da una constante lucha entre la vida y la muerte. Lo Absoluto para ellos tiene una doble cara, la cara de la vida y la cara de la muerte. Lo representarán como dos principios o dos dioses, el Dios Principio del Bien y el Dios Principio del Mal. Cuando se impone el monoteísmo, el Principio del Mal es rebajado de categoría, es sólo un demonio.

El Principio del Mal es el padre de la mentira, la enfermedad y la muerte. El Principio del Bien es el padre de la verdad, la salud y la vida. Es evidente que el grupo opta por el principio del bien. Se alía con él. Los que no son el grupo de la alianza, son enemigos, y si enemigos, aliados con el Principio del mal.

El pueblo de la alianza es el Pueblo Escogido frente a todos los demás pueblos, que son sus enemigos.

La gigantomaquia de la lucha entre los dos grandes Principios se desarrolla en la historia humana. Así, las luchas del pueblo de la alianza, son luchas sagradas. Pero para poder obtener la victoria contra el Principio del Mal y sus aliados, todos los restantes pueblos, se necesitará una intervención divina, porque los hombres solos no pueden vencer a las fuerzas poderosas del mal. Así, el Dios Principio del Bien, enviará a un Emisario, Profeta o Mesías para que decante la victoria del lado del Bien y la Vida.

La vida de los humanos es el campo de batalla donde se desarrolla este gran drama. La victoria definitiva del Principio del Bien es la victoria sobre la mentira y el error, sobre la enfermedad y la muerte. La muerte, vencida definitivamente, devuelve a todos los difuntos que tenía apresados y hay resurrección general: para vida, a los que lucharon a favor del Bien, para muerte definitiva, aquellos que fueron aliados del Principio del Mal.

Los patrones o paradigmas de interpretación, de valoración de la realidad y de acción de los colectivos, así como los desarrollos mitológicos y simbólicos a partir de esos patrones, no son, en sí, hechos religiosos; son sólo procedimientos de programación para un determinado tipo de vida preindustrial y precientífica.

Las experiencias de la dimensión absoluta de la realidad tienen que vivirse, configurarse y expresarse desde esos sistemas de programación, adecuados a cada sistema de vida. Al hacerlo, sacralizan esos programas, los sellan, les dan prestigio e intocabilidad. Las formas se contagian del absoluto que se expresa en ellas.

Los mitos y los símbolos son hechos culturales; y la cultura es una forma de ser viviente. La cultura suple la indeterminación genética de nuestra especie. Nuestra especie tiene determinado genéticamente sólo cuatro hechos: ser sexuado, ser simbiótico, su fisiología y el habla. Lo demás está indeterminado. Está por determinar cómo aparejarse y criar a la prole, cómo organizar la colaboración y convivencia social, y cómo hablar, en qué lengua, cómo cultivar la dimensión absoluta para mantener nuestra cualidad específica.

La cultura solventa esas indeterminaciones. Sin la cultura nuestra especie no sería una especie viable.

## 7. La lógica del desarrollo de los paradigmas míticos

En los mitos y símbolos, que son el eje de la cultura de los pueblos preindustriales, hemos dicho que podemos distinguir dos dimensiones, *la dimensión superficial*, que la forman los personajes y las narraciones, y *la dimensión profunda* que la forman los patrones o paradigmas y la lógica de los desarrollos de esos paradigmas.

Ya hemos hablado de los patrones centrales o paradigmas que han regido la vida de todas las sociedades preindustriales. Hablemos ahora de *la lógica del desarrollo de esos paradigmas*.

La lógica mítica del paradigma de las *sociedades cazadoras-recolectoras* es muy simple: todo lo que tiene existencia y vida procede de una muerte violenta. De la muerte del animal o de la muerte violenta de una protovíctima. La caza, la recolección, la reproducción de personas y animales, lo sagrado, el camino a lo sagrado, el Ser Supremo, todo viene interpretado por ese sencillo patrón, y la lógica del desarrollo de esa interpretación mítica es muy simple, sin más pasos que “de la muerte violenta se sigue la vida”; o dicho a la inversa, todo lo que tiene ser y vida, procede de una muerte violenta.

En las *sociedades agrario-autoritarias* es más clara la diferenciación entre *los patrones o paradigmas* y *la lógica del desarrollo de esos patrones míticos*.

Los patrones son:  $Mto \rightarrow Ob$  y  $M \rightarrow V$ , formando un patrón complejo en el que el patrón de  $M \rightarrow V$  se somete al de  $Mto \rightarrow Ob$ .

La lógica del desarrollo de estos patrones es: el Señor Supremo envía a una divinidad al mundo de los hombres para que, por obediencia, muera y muriendo haga a la muerte fecunda. Por esa obediencia hasta la muerte, el Señor Supremo le vuelve a la vida y lo sienta a su derecha.

Esa es la lógica mitológica de las sociedades agrario-autoritarias. En el nivel superficial, las narraciones y los personajes revestirán esas formas profundas del desarrollo del paradigma mítico.

Las estructuras profundas de los mitos y los símbolos son inconscientes, socialmente e individualmente. Lo único consciente es el nivel superficial en el que las estructuras profundas están revestidas de personajes y peripecias. *Pero todos los personajes que intervengan y las peripecias que cuenten las narraciones tendrán que cumplir esos desarrollos de las estructuras profundas inconscientes.*

Tanto los patrones como el desarrollo formal profundo de las mitologías agrario-autoritarias se cumplen en todas sociedades de ese tipo, de una forma o de otra.

Todo acontecimiento o personaje religioso de importancia, todo maestro del espíritu, tendrá que ser interpretado, necesaria e invariablemente, desde esos patrones y desde el desarrollo formal de esos patrones. El maestro que aparezca en este tipo de culturas, tendrá que recorrer, en la mente de las gentes de esas culturas, todos los pasos de la lógica del desarrollo mítico. Eso vale tanto para los personajes puramente míticos, como Astartés, Dionisio, Osiris, como de los personajes de base histórica, como Jesús.

Los mitos y los símbolos, en las sociedades preindustriales funcionan necesariamente; nada ni nadie puede escapar de su función interpretadora, valoradora, organizadora. Se asemejan a un programa de ordenador. Todo lo que el ordenador puede tratar y operar ha de ser desde el programa. Nada puede ser tratado y guardado que no sea según el programa.

Los discípulos helenos de Jesús le interpretaron como le interpretaron, porque lo leyeron y lo vivieron desde la mitología agrario-autoritaria de las monarquías helenísticas. El imperio romano era una monarquía más de tipo helenístico.

Los mitos y los símbolos de las sociedades preindustriales, debían ser creídos tal como se concretaban a nivel superficial. Se creían los mitos y los símbolos desde su nivel de superficie. Esta es la causa por la que podía darse enfrentamiento entre sistemas míticos agrario-autoritarios diversos, pero con paradigmas y desarrollos formales profundos idénticos.

Los mitos y los símbolos decían como había que ver, valorar y tratar a las cosas y las personas, para vivir adecuadamente de una determinada manera. También decían como había que representar y vivir lo Absoluto, en unas condiciones de vida determinadas, para que la vivencia de lo Absoluto no destrozara el programa colectivo. Debían ser creídos como si describieran la naturaleza misma de las cosas y de lo sagrado, para que la programación fuera eficaz y espontánea; y debían ser creídos porque programaban sociedades que debían excluir cualquier cambio de importancia.

También en el caso de las sociedades ganaderas se puede distinguir con toda claridad entre lo que es el patrón o paradigma y lo que son los desarrollos formales de ese patrón o paradigma.

Ya hemos dicho que el paradigma de las sociedades ganaderas es la muerte y la vida en un enfrentamiento constate, en guerra. Los desarrollos formales de ese paradigma nos forzarán a trasladar al nivel de la historia humana ese enfrentamiento de gigantes. En la historia humana se enfrentan el Principio de Bien y el Principio del Mal en una guerra sin cuartel.

La historia humana es la historia de ese enfrentamiento. Y es una historia progresiva, porque es la historia de la progresión necesaria de la victoria del Bien contra el Mal. La historia humana es la historia de las sucesivas intervenciones del Principio del Bien y de su Enviado, hasta la victoria final. Es pues una *historia sagrada de salvación*.

Estos son los principales elementos formales del desarrollo del paradigma de los ganaderos: el pueblo de ganaderos tiene que aliarse con el Principio del Bien; esa Alianza le hace el Pueblo escogido; todos los demás pueblos, enemigos y enemigos potenciales del pueblo de la alianza, se piensan como aliados del Principio del Mal; la victoria del Principio del Bien resulta inevitable para quienes optan por vivir; pero para que se dé la victoria del Principio del Bien en la guerra sin tregua de los dos Principios, que se desarrolla en el nivel de la vida e historia humana, se necesita de la venida de un Enviado, un Mesías, un Profeta, que decante el combate del lado del bien. La victoria del Principio del Bien supone el final del mal, la ignorancia y la muerte, por tanto el paraíso, la verdad y la resurrección.

Las formas de los mitos y los de símbolos así como de sus desarrollos, dependen de cómo sobreviven los pueblos y de los patrones de interpretación y valoración que esas formas de vivir generan; y cambian con los cambios en los modos de vivir.

Los cambios mítico-simbólicos suponen cambios de creencias, tanto profanas como sagradas.

Cualquier experiencia de la dimensión absoluta de lo real, experiencia sagrada o interpretación y valoración de grandes personajes religiosos o maestros del espíritu, debe quedar enmarcada,

concebida, sentida y creída, según los patrones de interpretación y valoración de las diversas formas culturales. Al quedar sometidos a los patrones o paradigmas, quedan, por ello, también sometidos a los desarrollos formales de esos patrones.

Para poner un ejemplo: si el maestro del espíritu Jesús de Nazaret, es leído y vivido desde el patrón mítico-simbólico de las monarquías helenistas, tendrá que pasar por todos los momentos del desarrollo del patrón cultural de esas sociedades: se le creará Hijo de Dios, enviado por parte del Señor Supremo a la tierra para morir por obediencia, haciendo así a la muerte fecunda, resucitará y ascenderá a los cielos para sentarse a la derecha del Supremo Señor. El desarrollo completo de la estructura profunda se impondrá como una necesidad de la lógica simbólica.

Lo mismo podría decirse de los grandes textos religiosos en una de esas grandes épocas mítico-simbólicas. Las sociedades de cazadores-recolectores no tienen textos sagrados porque son culturas ágrafas.

### **8. La fe y la creencia, en la programación mítica de las sociedades preindustriales**

Es intrínseco a nuestra especie, por nuestra condición de hablantes, tener un doble acceso a lo real: uno interesado, en función de nuestras necesidades de viviente necesitado, y otro gratuito, porque la realidad está ahí.

Por la lengua no estamos inmersos, como los demás animales, en el mundo de estímulos que la necesidad construye. Por la lengua podemos distinguir, en todo momento, entre el objeto que hay frente a mí y el significado, la pertinencia que ese objeto puede o no tener con miras a la supervivencia. Los demás vivientes no pueden hacer esa distinción.

Gracias a esa distancia, que los significados lingüísticos nos proporcionan con respecto a los objetos, nuestra especie puede construir otro mundo de estímulos, cuando las circunstancias lo requieran.

Esa es, pues, nuestra cualidad específica. Gracias a ella, nuestra especie puede hacer transformaciones de su mundo y de su relación con él, que en las restantes animales requerirían un cambio de especie.

Esas dos dimensiones de lo real están siempre presentes para nuestra mente y nuestro sentir, aunque no siempre igualmente explícitas. Si la dimensión absoluta de lo real desapareciera, por falta de cultivo, perderíamos nuestra cualidad específica y, con ella, perderíamos la ventaja de nuestra flexibilidad con relación al medio y a las restantes especies.

Esa "apertura-contacto" con la dimensión absoluta de lo real, en las sociedades preindustriales se da siempre en un contexto mítico-simbólico. Eso comporta que esa experiencia se viva, se concencie y se exprese con los mitos y símbolos del programa de la colectividad.

Así, para los cazadores-recolectores esa dimensión absoluta de lo real es el Gran Espíritu, el Ancestro; para los agricultores autoritarios será el Señor Supremo, para los ganaderos el Dios de la Alianza.

Al vivirse y expresarse la dimensión absoluta de lo real en mitos y símbolos, la "apertura-contacto" con esa dimensión, se vivirá y expresará también en creencias. En la época de los programas mítico-simbólicos, todas las dimensiones de lo real se vivían en interpretaciones y valoraciones intocables, porque eran recibidas de los ancestros sagrados o de los dioses. Ese don de los dioses, que era una revelación, debía ser respetado, porque describía la naturaleza misma de las cosas todas, tanto de las terrestres como de las celestes.

Así, pues, en las sociedades preindustriales, programadas con mitos y símbolos la "apertura-contacto" con lo absoluto, que podríamos llamar fe, venía indisolublemente unido a las creencias. La apertura-contacto con lo Absoluto y su toque, eso sería la fe, que venía necesariamente vivida y expresada en creencias intocables, que pretendían describir la realidad tal cual ella es; y esa descripción tenía la garantía divina.

En las sociedades preindustriales, la fe tuvo que ser siempre una "fe-creencia". Si la fe se hubiera separado de la creencia, la creencias se hubiera quedado reducida a la experiencia egocentrada de la realidad. La experiencia y expresión de la dimensión absoluta de lo real, separada del



programa colectivo, anulaba el valor intocable del programa y su calidad de don de los antepasados y de los dioses. Con ello perdía su condición de "creencias a las que someterse", porque sin la garantía de los antepasados y los dioses, se quebraba la certeza de que las afirmaciones de los mitos y los símbolos describían la naturaleza misma de la realidad. Sin la certeza que da la creencia en la concepción del absoluto, no puede darse la certeza que da la creencia en la dimensión relativa de la realidad.

Así, pues, la programación mítico-simbólica exigía, para que su función programadora pudiera ejercerse, que la fe, es decir la "apertura-contacto" con lo Absoluto, se diera en un contexto intocable de fe-creencia. Los programas mítico-simbólicos, que eran sistemas de creencias, tenían que ser sacralizados para poder cumplir con su propósito.

No se pudo separar la fe de la creencia hasta que la programación colectiva no fue claramente mítico-simbólica. Eso no ha ocurrido hasta la generalización de la industrialización y la aparición de las sociedades dinámicas de innovación y cambio continuo. En fechas, esto ocurrió hacia los años ochenta del pasado siglo.

### **9. La noción de "revelación" en el contexto mítico-simbólico de la fe-creencia**

La noción de "revelación", como desvelamiento de la naturaleza de la experiencia de lo real, especialmente de su dimensión absoluta, y con garantía divina; como revelación de su modo propio de ser; como entrega de un proyecto de vida individual y colectiva de procedencia divina; como descripción de lo que ha de ser una vida digna, según la naturaleza misma de la realidad y la voluntad de los dioses; como revelación de lo que es en sí misma la naturaleza humana, de lo que es la naturaleza de la organización de la sociedad y de la moralidad; como desvelamiento del modo de vida exigido por las cosas mismas y por la voluntad de los dioses; todo esto sólo tiene sentido en el contexto de una programación colectiva mítico-simbólica y en el contexto de la fe-creencia .

También la noción de "revelación" se toma como descripción de un acontecimiento en el seno de un sistema de interpretación, que cree describir la naturaleza de aquello a lo que se refiere.

La "revelación" sólo tiene sentido en el seno de la fe-creencia . Si separamos la fe de la creencia, la "revelación" ya no describe un acontecimiento tal como el mito lo significa, sino que apunta a un acontecimiento, que sabe que no se puede describir.

Cuando "revelación" es sólo un símbolo, fuera de la fe-creencia , no es nada a creer, es sólo algo a comprender. La "revelación" como símbolo, no describe nada, sólo acompaña hasta la frontera de las palabras y abre las puertas que conducen al otro lado de la frontera, el lado de lo indecible, de lo indescriptible, la región del silencio donde ningún molde de palabras atrapa nada, pero que está ahí y se hace sentir claramente, aunque con una claridad oscura, porque es una claridad sin bordes definidos, sin posible objetivación.

### **10. Los mitos y los símbolos significan la realidad, no la describen**

Los mitos y los símbolos significan la realidad, no la describen. Ya hemos indicado que los mitos y los símbolos no dicen cómo es la realidad, sino cómo la tenemos que ver y sentir para actuar correctamente y sobrevivir, en unas condiciones determinadas de sobrevivencia preindustrial y precientífica.

Esta norma vale tanto de las afirmaciones que los mitos y los símbolos hacen del ámbito profano como de las que hacen del ámbito sagrado. Los mitos y los símbolos significan la realidad absoluta. Y la significan, partiendo del supuesto de que cuando hablan de las realidades de este mundo, las describen en su propio ser. Partiendo de este supuesto, se refieren a la dimensión absoluta de lo real metafóricamente. Las metáforas predicen un cierto grado de analogía entre el significado y aquello a lo que el significado se refiere. Lo que los escolásticos llamaban "analogía en el ser".

Cuando se creía que los mitos y los símbolos describían aquello que significaban, la analogía en el ser era una auténtica predicación, una descripción del Ser del Absoluto, aunque fuera sólo analógica.

Cuando los símbolos y los mitos ya saben que no describen la realidad, sino que sólo la modelan a la medida de las necesidades de un grupo de vivientes, en unas condiciones determinadas de sobrevivencia, comprenden que sólo pueden apuntar a lo Absoluto como las metáforas, pero sólo significando, no describiendo, ni siquiera analógicamente.

Los mitos y los símbolos, cuando hablan del Absoluto, como las metáforas, apuntan verdaderamente. Y apuntan verdaderamente porque el Absoluto se trasluce en determinados contenidos semánticos. Algunos contenidos semánticos centrales de una cultura son como las vidrieras de las iglesias, que dan forma y colores a la luz, y con esas formas y colores, la hacen presente en la penumbra interior de las iglesias. Las formas y colores que las vidrieras conforman, hacen presente a la luz, pero no describen, ni su naturaleza ni sus formas, ni siquiera analógicamente.

Cuando nos salimos del contexto de la fe-creencia, comprendemos que los símbolos y mitos no tienen el poder de describir al Absoluto no-dual, no pueden describir, ni analógicamente, aquello que está más allá de las categorías de sujeto y objeto, de ser y no ser, y que, por tanto, es vacío de toda posible categorización.

Los símbolos y los mitos sólo apuntan verdaderamente al Absoluto, si nos dejamos guiar por ellos y los dejamos atrás, si pasamos al otro lado de la vidriera. Los símbolos y los mitos nos conducen por una senda de luz, inteligible para nuestra condición humana, que termina introduciéndonos en el abismo insondable de la luz tenebrosa, la luz sin forma ni color alguno.

### **11. Las afirmaciones de los mitos y los símbolos sobre lo Absoluto son, en último extremo, predicaciones apofáticas**

Sabemos que las afirmaciones apofáticas no predicán nada positivo con respecto al Absoluto, sólo dicen lo que el Absoluto no es. Parece que los mitos y símbolos sí que hacen predicaciones positivas de Dios, el Absoluto. Se trataría de unas afirmaciones que dicen, aunque sea sólo de forma analógica, cómo es el ser de la dimensión absoluta de la realidad.

Durante un tramo del camino de meditación e indagación puede parecer que es así, pero finalmente no resulta ser cierto, porque los mitos y símbolos, para significar lo Absoluto verdaderamente, tienen que terminar trascendiéndose a sí mismos; y trascenderse a sí mismos es equivalente a anularse a sí mismos, a anular lo que estaban predicando.

Veamos un ejemplo: Dios es inteligencia infinita, conocedor infinito. Con esta afirmación se sostiene que Dios no es inerte como la materia, o no inteligente como los animales, sino que es inteligente, a la manera de nosotros los sujetos humanos, pero de forma totalmente diferente, porque nuestra inteligencia es limitada y la suya es infinita. Es pues inteligente y conocedor de forma sólo análoga.

Pero la adecuada comprensión de esta afirmación nos conducirá a entender que Dios no es un sujeto, porque los sujetos son paquete de necesidades, frente a un campo de objetos; Dios no es, pues, un sujeto dotado de inteligencia; Dios no es un sujeto que conoce cosas fuera de sí mismo, ni tampoco hace de sí un objeto de conocimiento. Dios no está en la dualidad, donde hay sujetos y objetos y donde puede hablarse de conocer o no conocer; Dios es la no dualidad.

Por tanto, la afirmación, después de alejar a Dios de la forma de ser de la materia inerte o del modo de vida no inteligente, termina comprendiendo que Dios no es propiamente ningún sujeto inteligente. La afirmación "Dios es un ser de inteligencia infinita" no es una afirmación conceptual, es una afirmación simbólica que termina anulándose a sí misma. Esta precisión es importante, como luego veremos.

Pasemos a considerar otra afirmación: la afirmación vedanta de que el "Absoluto es *Sat-Chit-Ananda*, Ser-Conciencia-Beatitud". Esta sentencia, en comparación con la anterior, nos aleja de la noción de un sujeto inteligente y nos lleva a adentrarnos en una representación que sostiene que

el Absoluto es un ser que es luz y una luz que es ser, en una no dualidad absoluta. Aquí nos hemos apartado de la figura de una individualidad inteligente en una realidad dual, para entrar en una figura sin individualidad y en la no dualidad.

Podría parecer que no hay ya más camino que andar, pero no es así. También *Sat-Chit-Ananda* es una expresión simbólica, no conceptual, que se trasciende a sí misma. Decir que es ser, todavía sitúa al Absoluto en el ámbito de la dualidad de “lo que es” frente a “lo que no es”. Lo mismo se podrá decir de la afirmación de que es Conciencia. Todavía estaríamos en el ámbito de la dualidad “lo consciente” frente a “lo no consciente”. Además, ¿tiene mucho sentido emplear el término “conciencia” cuando no hay ningún sujeto que sea consciente de nada? Por consiguiente, también esa afirmación termina sumergiéndose en el gran abismo vacío de toda posible categorización.

Esta manera de ser de los símbolos que hablan del Absoluto, que es presentarse como afirmación positiva, en el primer tramo del camino, para sumergirse en las tinieblas luminosas, en tramos posteriores, fue perfectamente conocida por todos los grandes místicos de la historia.

## **12. La función designativa de los mitos y los símbolos**

Cuando los mitos y símbolos funcionaban como sistemas de programación colectiva, hemos dicho que debían tomarse como descripción verídica de la realidad a la que aludían, porque tenían que orientar eficazmente la acción individual y colectiva. Era ese un uso pragmático; los símbolos y los mitos eran significaciones que pretendían designar aquello a lo que se referían. Y pretendían describir aquello que designaban. Y tenía que creerse que lo que decían los símbolos y los mitos de la realidad, era la verdadera manera de ser de lo real, para que la orientación a la acción funcionara correctamente y con eficacia.

Como conclusión podemos afirmar que los mitos y los símbolos, cuando hacían el papel de programadores del colectivo, y de colectivos que debían excluir los cambios, tenían que vivirse como sistemas de creencias y tenían una clara e inequívoca función designativa, deíctica. Si no hubiera sido así, no hubieran sido capaces de programar la acción.

Cuando los mitos y los símbolos ni son ya programadores de los colectivos, ni, consecuentemente, sistemas de creencias, sino puros sistemas simbólicos expresivos, su función designativa puede parecer, en un primer momento, clara, pero a medida que adelanta la comprensión de su forma de significar, la pretensión deíctica se va perdiendo en un abismo vacío.

Los símbolos y mitos, en las circunstancias culturales en que nos movemos, en las que ya no son programa de nada, apuntan al Absoluto, pero su fuerza designativa no es precisa ni clara. Lo que afirman son un *conocimiento-no conocimiento*, y su designación es una *designación-no designación*.

Los símbolos y mitos que hemos heredado del pasado, ya no son programa de nada ni de nadie, ya no son sistemas de creencias que haya que asumir, por ello, han perdido el poder de presentarse ante los colectivos como descripciones garantizadas de la realidad, capaces de dotar de sentido y orientación a la acción y a la vida. Han perdido su clara función significativa y, sobre todo, designativa para las realidades de este mundo, del mundo relativo a nuestras necesidades. Ya no son útiles para organizar la vida y la acción cotidiana de los colectivos.

Entonces muestran su ser de símbolos, de metáforas que hablan de aspectos de este nuestro mundo, que hablan, sobre todo, de la dimensión absoluta de la realidad, pero, entonces, ya son sólo símbolos, metáforas que significan y se refieren al Absoluto de las maneras que hemos indicado.

## **13. La iniciación espiritual a través de los mitos y símbolos, con creencias y sin creencias**

En las épocas preindustriales, los mitos y los símbolos, en su uso religioso, hablaban del Absoluto y, haciéndolo iniciaban al camino espiritual, que es adentrarse en la *experiencia no-experiencia* de ese Absoluto, con las mismas estructuras con las que programaban. Por tanto, la iniciación espiritual se hacía a través de creencias, las creencias del colectivo impuestas por el aparato mítico-simbólico.

Cuando los mitos y los símbolos ya no programan sino que han mostrado su ser de simples expresiones simbólicas, metafóricas, la iniciación espiritual no tendrá que pasar por las creencias. Ya no son creencias a las que hay que someterse, sino afirmaciones que por su fuerza expresiva hija de la luz que acumularon las generaciones que nos precedieron, orientan el quehacer espiritual hasta sumergirlo en el silencio y en el conocimiento silencioso.

Ya no se trata de sumisión a unos contenidos, sino de la comprensión y verificación de la luz que contienen y a la que llevan esas expresiones. La iniciación, ya no será a través de creencias sino a partir de la fuerza de esas expresiones; no a través de la sumisión de la mente y del sentir, sino a través de la luz recibida. Luz que empieza siendo luminosa y termina convirtiéndose en “luz-tenebrosa”.

#### **14. La programación colectiva de las sociedades dinámicas de innovación y conocimiento**

Los mitos y símbolos eran el sistema de programación colectiva de las sociedades preindustriales, que eran, todas ellas, estáticas. ¿Cuál es el sistema de programación colectiva de las sociedades en las que el motor central de la economía es la innovación y el cambio? ¿Cómo se programan las sociedades en las que la creación de nuevos conocimientos científicos y nuevas tecnologías resulta ser el eje del bienestar económico de los pueblos?

Tendrán que alejarse de las programaciones con mitos y con símbolos, porque, con las creencias que implican, fijan la interpretación de la realidad y su valoración; y, como consecuencia, fijan la organización y el modo de vida. Por el contrario, en las sociedades dinámicas de conocimiento e innovación, todo debe mantenerse en movimiento: las ciencias cambian continuamente la interpretación de la realidad, en todos los ámbitos de la vida; las tecnologías cambian continuamente la manera de tratar esa realidad y el modo de trabajar con ella; como consecuencia se requiere introducir cambios en la forma de colaborar en el trabajo y en los modos de organización. Estas transformaciones inducen a cambiar los modos de valorar la realidad y las maneras de cohesionar los grupos humanos.

El sistema de programación colectiva de este tipo de sociedad no puede ser mítico-simbólico, porque las creencias que implican fijan el movimiento, en todos sus niveles. Los sistemas de programación tienen que ser adecuados al movimiento y no a la fijación.

El procedimiento tendrá que ser el siguiente:

- creación de una serie de postulados axiológicos que orientan, en términos generales, la creación y el movimiento, y
- creación de proyectos axiológicos que les den forma y los concreten en cada uno de sus momentos; a corto plazo, a medio plazo y a largo plazo.

Los postulados (los derechos humanos) y los proyectos (las constituciones de los pueblos y los proyectos más concretos de las sociedades particulares) son los modos de programación de las nuevas sociedades.

Esto ya ocurrió así en la primera industrialización, pero con el respaldo mítico-simbólico de las creencias religiosas; en la nueva industrialización esto pasa sin ese respaldo, ni de mitos y símbolos, ni de creencias religiosas.

No puede esperarse que el nuevo tipo de sociedades industriales genere nuevos mitos y nuevas creencias. Las nuevas sociedades ya no pueden ser sociedades que crean que los proyectos de vida son dones de los dioses, con su garantía; sino que tiene que aceptar vivir según sus propios postulados y proyectos, sin otra garantía que la calidad de quienes los construyen.

#### **15. La función puramente metafórica de mitos y símbolos**

Mientras los mitos y los símbolos ejercieron de programadores de la colectividad –para eso nacieron, implicaron, necesariamente una epistemología. Tuvieron que interpretarse como descripción de aquello a lo que aludían. Daban una descripción de la realidad que se creía garantizada por Dios.

Cuando acaba su función programadora, se termina esa epistemología. ¿Qué queda de ellos? Sólo su función significativa. Los símbolos del pasado, son ahora sólo *metáforas*. Los mitos del pasado, son ahora *narraciones-metáfora*.

Somos sociedades sin creencias porque no nos podemos someter a ningún sistema simbólico y mítico, ni a las creencias que esos sistemas simbólicos y míticos implicaban. Por esta misma causa, no podemos someternos a ninguna religión. Eso nos convierte en sociedades laicas.

Si desnudamos a los mitos y los símbolos de creencias y sacralidades, hacen inmediatamente patente su carácter puramente simbólico, metafórico. Así entendidos, los mismos mitos y los mismos símbolos imposibilitan la sumisión. Uno no se somete a metáforas, las comprende y las vive. Además, las metáforas del Absoluto, significando se hunden en el silencio, trascendiéndose a sí mismas. También niegan e imposibilitan la exclusión de unos sistemas simbólicos a otros. Ninguna metáfora, bien entendida, se afirma como única y excluye a las demás. Lo único que pretenden las metáforas es hacerse entender, no imponerse ni sostener que son la única manera de hablar de aquello a lo que se refieren mediante una figura.

Los grandes sistemas simbólicos y míticos, que ejercieron su papel programador durante milenios, han creado tradiciones en los modos de figurar y referirse a la dimensión absoluta de la realidad. Para nuestros antepasados, esas tradiciones fueron sistemas de creencias exclusivas y excluyentes. Para nosotros esas tradiciones son sólo estilos de figurar y estilos de referirse a lo absoluto; son sólo modos bien asentados de representar lo que no se puede representar y maneras sólidamente enraizadas de decir metafóricamente lo que no se puede decir

Uno puede adherirse a una tradición mítico-simbólica, pero no puede someterse a ella y jamás con exclusión de todas las demás. No tendría ninguna lógica ni ningún sentido excluir a las otras tradiciones mítico-simbólicas. ¿Qué sentido tendría que un sistema de representar simbólicamente y metafóricamente lo Absoluto, excluyera a otro u otros, sabiendo que todos son sólo formas de figurar lo que está más allá de la posibilidad de toda imagen?

Si todos los sistemas míticos y simbólicos de referirse a lo Absoluto, terminan hundiéndose en un abismo que está más allá de cualquier forma que le podamos dar, ¿en qué se va a fundamentar la pretensión de excluirse unos a otros?

Si todos los sistemas mítico-simbólicos, bien entendidos, terminan siendo apofáticos ¿para qué se van a excluir unos a otros?

## **16. Los grandes maestros del espíritu de la historia humana son ininterpretables**

Cuando los sistemas mítico-simbólicos dejan de estar vigentes, ya no interpretan las realidades, no sirven ni para programar nuestra vida individual y colectiva, ni, menos, pueden tener la pretensión de describir e interpretar la manera de ser del Absoluto, aunque sea sólo analógicamente. El único poder que les queda, y no es poco, es el poder de apuntar, aludir, figurar metafóricamente esa otra dimensión irrepresentable.

Cuando los mitos y los símbolos hablan de Jesús el Hijo de Dios, o de Mahoma el Último de los Profetas, o de Buda el Iluminado, no describen el modo de ser de esos grandes personajes sino que sólo aluden y figuran la dimensión innombrable que en ellos aparece.

Las grandes figuras religiosas de la humanidad son como boquetes por los que la no forma penetra en la forma; son la presencia patente del Absoluto; son como los grandes agujeros negros del cosmos, donde se hunde todo lo que damos por realidad; son como luminarias que nos deslumbran con la luz misma del absoluto.

Las grandes figuras religiosas de la historia se hunden en un abismo innombrable, y nos arrastran a ese mismo abismo. Siendo hombres y manteniéndose como hombres, se los tragó el abismo, quedaron envueltos en la espesa niebla del inconcebible.

Si es así, nuestro hablar sobre ellos es sólo figurativo, a base de símbolos y narraciones que son como metáforas. No podemos pretender tener fórmulas con las que describir su manera propia de ser. Lo que decimos de ellos es sólo una forma de expresar que a esos individuos, la niebla luminosa del incognoscible les cubrió.

Si esa es la manera de ser de nuestro hablar, cuando nos referimos a ellos, con fórmulas consagradas por el uso de los tiempos, no estamos diciendo nada que no tenga que hundirse en la apófasis, en el más completo silencio de un conocimiento sin palabras. Ni estamos diciendo nada que tenga poder para enfrentarlos entre sí, ni tampoco para, desde uno, excluir a los otros. Delante del Buda, del Profeta Mahoma o de Jesús de Nazaret, de Moisés o de los grandes *rishis* indios, debemos silenciar todos nuestros intentos por interpretarlos. Podemos y debemos hablar de ellos y referirnos a ellos, pero sólo con símbolos y metáforas que respetan la tiniebla luminosa que les envuelve.

### **17. La transformación pendiente de la vida espiritual**

La vida espiritual, en las sociedades preindustriales y estáticas, se vivió, como todo, desde los sistemas míticos y simbólicos y desde las creencias que llevaban implícitas. No podía ser de otra manera. La vida interior se realizó desde y en los patrones que imponían las creencias, y sin poderse salir de ellas. Los grandes del espíritu, logran liberarse de esas creencias, pero permaneciendo en ellas.

La conclusión es que los mitos y las creencias modelaron la espiritualidad. Debemos tener en cuenta este hecho a la hora de buscar una espiritualidad adecuada a una cultura ya no modelada por mitos y creencias.

En las sociedades preindustriales que nos precedieron, y que perduraron para partes importantes de la sociedad hasta más allá de la mitad del siglo XX, sociedades agrarias y autoritarias, estaban articuladas sobre dos grandes ejes: el de "mandato-sumisión" y el del cultivo, que hemos caracterizado como de "muerte que se transforma en vida".

La vida espiritual que hemos heredado de nuestros antepasados, tanto remotos como próximos, se articulaba en torno de estos dos ejes o patrones mentales y sensitivos. Se concebía como sumisión y entrega, como obediencia y servicio (influjo del patrón autoritario) y como renuncia, muerte a sí mismo, sacrificio, paso por la muerte, desprecio del mundo y de la carne (influjo del patrón agrario).

Cuando el patrón de interpretación autoritario tiene que ser desechado y cuando el patrón agrario de interpretación y de sentir tiene que ser abandonado, ¿cómo podrá continuar cultivándose una espiritualidad concebida, sentida y vivida desde esos patrones difuntos, que ya pertenecen a la historia?

¿Cómo habrá que concebir, sentir y vivir la espiritualidad en una época en la que tenemos conciencia clara de que todos los patrones de comprensión de la realidad, todos criterios de valoración y todas nuestras formas de vivir son pura creación nuestra?

¿Cómo habrá que concebir, sentir y vivir la espiritualidad en una sociedad que vive y se desarrolla desde la creación continua de ciencia, tecnología, productos y servicios?

Habrà que pensar ese camino del espíritu no como la sumisión a unos mandatos y a unos consejos, no como una sumisión completa a una divinidad, sino más bien como una búsqueda, como una indagación, como una creación que sigue y renueva las indagaciones y las creaciones de nuestros antepasados.

No será tanto la sumisión a una tradición, con su sistema de símbolos, mitos y creencias, cuanto el entronque con una cadena de maestros de la indagación por las vías del silencio; la continuación de una cadena de auténticas creaciones personales para salirse de las circunstancias que encarcelan a los individuos en una visión egocentrada y depredadora de lo real. Nadie se escapa por la eficacia de un método o por la obediencia a unos preceptos y normas. Cada prisionero tiene que crear la manera de librarse de su peculiar prisión. Y cada preso que se libera es una contribución a la libertad general.

Tampoco podrá pensarse y vivirse la espiritualidad como un duro paso por la negatividad para llegar a la luz. Cuando el músico, el pintor o el poeta trabajan y se esfuerzan para llegar a la belleza y poderla decir, no lo viven como una muerte, como un paso por la negatividad, sino que lo viven como una pelea por la libertad y la visión. Los esfuerzos por lograr la libertad y la visión

no son pasos de muerte, sino pasos de alivio y de gozo. Así, el camino de la creación no es un camino de sufrimiento y muerte sino de visión y de gozo.

El camino espiritual, en nuestras condiciones culturales, tendría que concebirse y vivirse como quitarse cargas de encima; como despojarse de sumisiones; como librarse de creencias que agarrotan; como pasos a la ligereza y la libertad; como liberación de los obstáculos al conocimiento y al sentir de la realidad, libre de la sumisión a las necesidades y los miedos; como camino de indagación gozosa, cada día más libre y más lúcida; como escapar a la tiranía de amor centrado en sí mismo para tener la mente y el corazón libre para amarlo todo.

Un camino de sumisión y de pasión es inasimilable por nuestros contemporáneos, un camino de indagación, conocimiento, libertad y gozo, sí será asimilable.

### **18. Consecuencias para las organizaciones religiosas de la forma puramente simbólica de vivir los mitos y los símbolos**

Cuando los mitos y los símbolos estaban vigentes como sistemas de programación, imponían una interpretación y valoración de la realidad. También imponían una figuración del Absoluto, de lo sagrado. Ambas imposiciones tenían consecuencias en la organización de los grupos humanos, en general, y en particular de los grupos religiosos.

Los mitos y los símbolos sacralizaban una forma concreta de organización.

Cuando los mitos y los símbolos dejan de estar vigentes como sistemas de programación, dejan de sacralizar ningún tipo peculiar de organización. Los mitos y los símbolos, entendidos, sentidos y vividos como puros símbolos, como puras metáforas que aluden a lo Absoluto, se desligan por completo de cualquier sistema de organización impuesto.

¿Cómo van a imponer nada si lo que hacen, para nosotros, hombres de las nuevas sociedades industriales, ya no es interpretar nuestra realidad cotidiana, ni tampoco pretender interpretar la dimensión absoluta de nuestro vivir, sino sólo apuntar, aludir a ese lado absoluto de lo real, que es radical y completamente inconcebible?

En la nueva situación cultural, los seres humanos somos libres para organizar nuestra vida colectiva como convenga y somos igualmente libres para organizar nuestros grupos religiosos como sea adecuado para nuestro caminar hacia los campos del silencio, el amor incondicional y la libertad.

### **19. A modo de síntesis**

#### ***Estructura y función programadora de los mitos y símbolos***

La función primaria de los mitos y los símbolos no es religiosa sino la de programar a los grupos humanos en unas circunstancias determinadas.

Ahora podemos advertir que ningún sistema mítico simbólico se propone describir la realidad sino sólo decir cómo hay que verla en unas condiciones de vida determinadas para poder sobrevivir. Los mitos y símbolos imponen una epistemología para poder ejercer su función programadora: tienen que dar como descripción de la realidad lo que dicen sus narraciones y sus símbolos.

En esta lectura epistemológica, los mitos y símbolos comportan necesariamente sistemas de creencias desde las que se articula la vida de los colectivos y desde las que se concibe y expresa la dimensión absoluta de lo real.

Los símbolos y mitos tienen una estructura superficial, la narración, y una estructura profunda que está compuesta por una metáfora central o paradigma y unos desarrollos de ese paradigma. En la epistemología propia de los mitos, se da por hechos y realidades lo que son sólo desarrollos formales del paradigma, de forma que lo que diferencia a las grandes tradiciones, muchas veces, son sólo los desarrollos formales de las estructuras profundas de programación, que se dan por existentes y reales.

Cuando los mitos y los símbolos funcionan como sistemas de programación de las colectividades preindustriales, lo que dicen se toma como real. Cuando ya no funcionan como sistemas de programación en las sociedades industriales, tienen sólo valor simbólico.

Cuando funcionaban como sistemas de programación, la iniciación espiritual se tenía que hacer a partir de sistemas de creencias. Cuando ya no ejercen como programadores, lo que queda de ellos es su valor simbólico. Resultan ser como grandes creaciones espirituales, como grandes poemas de profundo contenido espiritual, ya libres de sistemas de creencias.

### *Función espiritual de los símbolos*

El símbolo es creación humana. Incluso aquello a lo que apuntan también es creación. Dios es una figura antropomorfa y pretende decir que esa realidad antropomorfa existe. Todo ello es creación, sin embargo sobre un trasfondo real sin forma.

Los símbolos religiosos son creación, pero de nada objetivable. Es la creación de una acotación en el sin-forma, que no pretende acotarlo, sino decirlo, en la medida de lo posible. El símbolo religioso apunta a lo que no es objetivable.

Las creaciones simbólicas son el descubrimiento de lo que siempre fue. Por eso no son subjetivas. Aquello a lo que pretenden referirse tiene validez por sí mismo. ¿Qué argumento objetivo va a validar lo que es inobjetivable?

Los símbolos son genuinamente experiencia, aunque con una experiencia "sui generis" porque lo que no es objetivable, no es simplemente experimentable, pero es noticia clara y cierta.

Aquello a lo que se refieren los símbolos es fruto de la indagación humana y, a la vez, totalmente autónomo de ella. Por el símbolo religioso nos hacemos pura experiencia, que es lucidez, sentir y presencia de lo que es vacío de toda forma y es certeza incommovible.

En esa experiencia "sui generis" el mundo muestra su vaciedad y se muestra también la propia vaciedad. Y ese vacío de las formas proyectadas por las necesidades del viviente, es lo Real. Es un vacío que se siente como presencia, certeza, gozo y paz.

Aquello a lo que pretende apuntar, es "nodos" (vacío de la dualidad que crea el viviente: sujeto de necesidad – objetos con los que satisfacerla), por eso es total y envolvente.

No son medio para nada, terminan en sí mismos, porque poniéndose fuera del espacio-tiempo, no pueden ser instrumento de nada. Pura gratuidad.

Aquello a lo que apuntan no es cósmico, sin embargo es conocimiento, luz. Aquello a lo que se refieren, está libre de formalización y genera libertad respecto a todas las formas.

Los símbolos son el ámbito de la no-forma en las formas, por ello, son el ámbito que trasciende lo objetivo/subjetivo, son el ámbito de la unión.

El símbolo se niega a sí mismo en su intento de decir el Absoluto. Por eso no predica analógicamente, sino que es apofático. Y ese Vacío, que todo es y somos nosotros, es forma. La máxima budista del Mahayana dice: "la forma es vacío y el vacío es forma".

No hay pues lugar para desentenderse de nada, sino que todo reclama un amor incondicional. Lo Real es "esto", tal cual viene, aunque sea mejorable.

Consiguientemente, la lectura de textos no es lectura de verdades doctrinales. Fue una creación en el pasado y hoy sólo puede ser semejante a la lectura de un poema. Un poema que habla, canta y orienta al "nodos", al "sin forma" al "Vacío", al "que es", a "Dios".

Y ese hablar no es de "otra realidad" sino de "esta misma realidad".

No hay "verdades" (aunque haya verdad) en ninguna religión. Las pretendidas "verdades" religiosas son sólo *software* de la programación mitológica de las diversos tipos de sociedades preindustriales. Poca faena para la teología clásica, pero apertura a una nueva faena que ya no especula con verdades.

Todas las "verdades religiosas" hablan del "sin-forma". Sólo eso. Nada más que eso.